

porque han de estar vdes. que un amigo de San Luis me proporcionó un chiquitin, como un monito, para que me acompañase. Este diminuto *cicerone* á quien llamaban *Petit-Courrier* era un rehilete, y para mí, un verdadero tabardillo: no me dejaba quieto un instante, á cada movimiento me decía: “¿se ofrece algo?” Veía yo para una tabaquería, él me decía al momento: “¿qué usa vd.? ¿trabucos?”—Hombre, si soy un pollo.—¿Damas?—No me ve vd. viejo?—¿Coraceros?—Esos los usan conmigo cuando me ponen preso. Volteaba como examinando una cantina:—Tomamos *lague*? ¿*coptail*? ¿unos amargos? ¿menta? Y aquel demonio no me dejaba un instante, haciendo diez mil caravanas en un ladrillo.

—Hermoda mujer! clamaba yo.... ¿Eh? je!... repetía el chiquitin.... ese es el lado flaco de todos.... iremos á una visita.... se habla español.... buen Champaña; hay una andaluza que canta el torito de la castañuela.... —¡Hombre, si estamos con el pié en el estribo! yo quisiera.... un libro cualquiera.....

—¡Oh, la bella literatura! para eso, la francesa, centro del mundo.... ¿Vd. conoce algo de Feuillet? ¿de Droz?.... *Oh, quell filosofie!*.... Y con semejante chicharra pegada á la oreja, he escrito esos números, que parece que cada uno de ellos me picaba los dedos con un alfiler.

Las diez de la noche fué la hora designada para nuestra marcha á Orleans.

Soplaba un viento cortante y destemplado; á la estacion marchábamos hundiéndonos en el lodo y rompiendo fragmentos de hielo: un policía, alto como torre, fornido como un Sanson, y del que cada bota podría servir de funda á

un pilar de Catedral, arrojaba al vuelo tercios y baúles al carro de los equipajes; nosotros nos acomodamos lo mejor que pudimos en el wagon, y partió el tren.

En los momentos en que partíamos para Orleans, estaba la cuestion política en su mayor efervescencia; demócratas y republicanos se tiraban con las gamarras á la cara, y no fijaba uno los ojos por parte alguna, por donde no viera saltar un politicastro vivaz y escurridizo como una rata.

Los programas que circulaban, corrian parejas con sus avisos para curar toda clase de enfermedades, con la sola diferencia que la competencia era en cinismo en cuanto á abalanzarse rabiosos á los destinos públicos.

No puede ser de otra manera: los partidos beligerantes son como empresas mercantiles, con sus ramificaciones perfectas hasta las últimas aldeas; ahí está la intriga, la corrupcion; ahí se apuran hasta los últimos términos la influencia y el soborno; pero esto afecta poco el modo de ser social, que sigue el rumbo de los grandes intereses de aquella sociedad.

Hablando de tarifas de aduanas, decía la *plat form* (programa) de los demócratas:

“La tarifa actual empobrece multitud de industrias para subvencionar un pequeño número, prohíbe la importacion que podría comprar el trabajo americano, ha degradado al comercio americano, ha detenido la venta de los productos del trabajo entorpeciendo los cambios; una industria que ocupa la mitad de la poblacion y cuesta al pueblo cinco veces más de lo que produce el Tesoro, impide los progresos de la produccion y es nociva al trabajo. *Queremos que la aduana se reduzca á su purísimo carácter fiscal.* Tal como

está la tarifa, solo sirve para alentar el contrabando, enriquecer empleados pícaros y precipitar en la bancarota á los negociantes honrados."

No obstante las recriminaciones que se hacian al partido republicano, éste decia en su favor:

"Durante el último año fiscal que terminó en 30 de Julio de 1876, el excedente de los ingresos fué 29.249,000 pesos, que fueron aplicados á la reduccion de la deuda. En los diez últimos años, el reembolso ha sido 579.423,284 pesos de nuestra deuda. En 30 de Junio de 1866, la deuda nacional era de 2,640.348,000 pesos. En 1866, el ingreso producido por las contribuciones interiores era de 309.226,813 pesos. En 1876, se redujo en 200.000,000 para aliviar al pueblo."

Veamos ahora la situacion del Sur pintada por un republicano:

"Cinco, diez ó veinte negros han sido muertos, y á veces tambien algun blanco segun se nos dice diariamente; pero cada anuncio de un hecho de este género, es seguido de la mentira de estampilla de que los negros han comenzado el ataque ó los blancos se han limitado á defenderse. Los negros, pobres ignorantes, casi desarmados ó sabiendo apenas servirse de sus armas, son representados como precipitándose sobre sus adversarios, bien armados, ejercitados é intrépidos, haciéndose matar con el único objeto de preparar un pequeño suplemento de capital político á sus amigos del Norte.

Los asesinatos cometidos de diez negros en Hamburgo, con las particularidades de una atrocidad extraordinaria, no son sino el prólogo de la campaña en favor de Tilden en aquel Estado.

Ese es el principio de la obra de intimidacion. Bajo un pretexto fútil y escandaloso, como trescientos hombres blancos invaden aquella pequeña aldea habitada por gente de color, y ejecutan allí sus asesinatos, lanzan á los bosques á las mujeres y á los niños, y saquean sus infelices habitaciones."

—No se apure vd., decia yo al entusiasta mexicano que me hablaba de estos pormenores: si le cogemos la embocadura al sufragio, como estos caribes, armaremos cada zambra de percernos de risa. . . . No se puede decir que estemos del todo atrasados. . . .

—No, no es para dar idea, á galope, de la situacion de los partidos en los Estados-Unidos, y mucho ménos despues de la guerra. Cuando vd. profundice sus estudios, verá que en la vida privada, el americano es inteligente, racional y modesto; pero en cuanto se trata de la cosa pública, nada conoce vd. de más fátuo, de más pretensioso é intolerante.

Se elogia su sentido práctico, porque todo lo quiere reducir á la mecánica y al número; el derecho, la economía política, la diplomacia, todo se subordina á la conveniencia del momento, aunque esto les produzca terribles desengaños.

En la guerra pasada se ha perdido un millon de hombres, se han gastado catorce mil millones de pesos; pero la emision del papel aumentaba el negocio, y se decia que casi era un bien la guerra.

Pero las quiebras se sucedieron, huyeron los capitales espantados, y en el fondo de la reorganizacion, quedan vivos los gérmenes de lucha entre el Este y el Sur.

No puede ser de otra manera: la masa del pueblo trabaja y se entrega á sus negocios; cosa de trescientos mil *politiqueros* tienen á su cargo, ó mejor dicho, profesan como in-

dustria la cosa pública: éstos están divididos en republicanos y demócratas, partidos irreconciliables, porque no caben en una propia especulación: la lid se entabla; el partido vencido sigue explotando en corta escala á sus adeptos; el vencedor se apodera de los destinos públicos, y anda la anderga.

Vea vd. cómo pinta Molinari á los partidarios de Tilden, con motivo de la convencion de San Luis. Se habla del partido demócrata:

“Allí se encuentra, dice, el viejo propietario de esclavos, con el corazón henchido de amargos recuerdos, convencido de que la emancipación era el robo, y de quien la única esperanza es la indemnización que puede arrancarse al gobierno.

“Allí se encuentra el viejo agitador *separatista* que precipitó á los Estados á la rebelión y redactó las actas de secesión. Allí están los oficiales y soldados que hicieron flotar la bandera confederada sobre campos de batalla teñidos de sangre de sus compatriotas, y que se vanagloriaban de sus expediciones como títulos legítimos para los honores y los empleos. Allí están los nombres del congreso rebelde de Richmond, que debatieron á puerta cerrada la cuestión de la bandera negra. . . .”

—No, decía mi amigo, la cuestión en muchos puntos está intacta ahora como ántes; es preciso armonizar por medio de la libertad intereses que aun están encontrados. Hoy puede decirse á Hayes como se decía á Grant:

“Los productos que alimentan las manufacturas del Norte y sostienen las relaciones con el extranjero, se recolectan en el Sur; el Oeste cuenta con los mercados de la Luisiana, de la Florida y de la Carolina, para la salida de sus cerea-

les, en cambio de lo que recibe azúcar y tejidos. De esos intereses comerciales depende todavía la conservación y tranquilidad de la Union.”

Durante la travesía en que me ocupó, se hablaba de la serie de batallas conocida en la última guerra con el nombre de la “Campana del Mississippi,” y se repetían nombres que, aunque nos eran familiares, oíamos figurar con cierto carácter de novedad.

Lincoln, Farragust, Rosecrans, venían á nuestro encuentro como viejos conocidos.

Yo aproveché aquella ocasión para hacer algunas apuntes acerca de esos personajes, que también cobraron nuestro conocimiento en los días de la intervención francesa.

Hé aquí algunas de mis apuntes:

“Lincoln nació en 12 de Febrero de 1809, de unos padres tan oscuros, que Tomás Lincoln, que le dió el sér, apenas sabía firmar.

A los siete años, y ya frecuentando la escuela Abraham, el padre abandonó el Kentucky y se trasladó al condado de Spencer, en Indiana, donde se dedicó al cultivo de la tierra, de suerte que hasta los veintidos ó veintitres años, no dejó la azada de la mano.

Hasta 1830, Lincoln no era otra cosa que un buen peon de campo.

Honradísimo, robusto, constante en el trabajo Abraham Lincoln, la única aventura que interrumpió la tranquilidad de su vida, fué un encuentro con siete negros que quisieron asaltarlo en compañía de un amigo suyo, yendo á Orleans, y en que el intrépido labriego del Kentucky salió victorioso.

En 1830, emigró de nuevo Abraham con su padre al Illinois, dirigiendo él mismo las carretas que conducían á su familia.

En la nueva residencia, se distinguió Lincoln como leñador, manejando el hacha con más destreza que la hoz y el azadon.

En 1831, un tal Denton Offat, que traficaba con Nueva-Orleans, le propuso una expedicion, unido á dos de sus amigos; para ello fué preciso construir una barca: dedicáronse al trabajo Lincoln y sus amigos con la remuneracion de doce pesos diarios, y se efectuó la expedicion.

Al volver Lincoln de su viaje, se encontró con que su padre se habia mudado al condado de Coles, á la orilla del rio Sangamon.

En aquel lugar quiso continuar Abraham su educacion: comenzó por procurarse una gramática inglesa, y no habiéndola, hizo un viaje de ocho millas para ir á copiar el libro requerido, que aprendió en un mes, con sorprendente tenacidad.

El presidente Jackson nombró por este tiempo á Lincoln administrador de correos de la Nueva Salem. Sin duda el nombramiento de Lincoln se debió á lo muy despoblado de aquellos lugares. Lincoln, sin embargo del cortísimo sueldo de administrador, recorría aquellos lugares, dando pábulo á la inclinacion que tenia á los debates políticos.

Ascendió Lincoln á escribiente de los almacenes de Offat, y de ahí nacieron sus relaciones con Douglas.

En 1834, fué elegido representante de la legislatura, y en 1836, fué reelecto.

En 1834, le aconsejó Juan D. Stuart que estudiase leyes;

le facilitó libros, otros amigos influyentes le favorecieron y se hizo al fin abogado.

Acreditado su bufete más de lo que él mismo esperaba, se trasladó á Sprierfield, se unió primero á Stuart y despues al juez Longan.

En la campaña de 1844, Lincoln fué de los más celosos é infatigables partidarios de los *whigs*, se opuso enérgicamente á la anexion de Tejas y compartió la derrota del famoso orador Enrique Clay, derrota que debia precipitar la guerra con México.

En 1846, se le eligió para tomar asiento en el congreso general, siendo el único *whig* que ganó la votacion.

Cuando se verificó la eleccion presidencial en 1848, Lincoln apoyó la candidatura de Taylor, pronunciando en su favor elocuentísimos discursos.

En 1849, se retiró Lincoln del congreso para dedicarse á su profesion, y reapareció en 1852 en la escena política, propalando la presidencia de Scott.

En la convencion nacional republicana de 1856, Lincoln obtuvo ciento dos votos para el cargo de vice-presidente, si bien no alcanzó entónces la victoria, y en 1858 se le proclamó como el primer campeon del partido.

En 1860, la convencion republicana formada en Chicago dió todos sus votos á Lincoln para la presidencia, y en 1861, el 13 de Febrero, fué proclamado presidente de los Estados- Unidos.

Estéban Douglas fué de los más ardientes partidarios de Lincoln. En uno de sus más notables discursos decia:

“Hace veinticinco años que conozco á Lincoln, nos tratamos los dos, siendo muy pobres ambos; yo era maestro de

escuela, él tenía una tiendecita cualquiera en Nueva Salem; era él más afortunado que yo, y tuve lugar de admirar su perseverancia, su honradez sin tacha, su inteligencia y sus buenos sentimientos.”

Morris, al mismo tiempo, emitía conceptos respecto de Lincoln, en que se le representaba como una medianía en el foro y en la tribuna. Decía Morris también:

“Cuando se comunicó á Lincoln que la convención republicana de Chicago le había elegido presidente de la Unión, estaba jugando un partido de pelota con los muchachos, y no dejó el juego. Elegidle, anunciad después que ha desembarcado algún enemigo en nuestras costas ó que algunos Estados se niegan á reconocer al gobierno general, y es muy probable que vaya á terminar alguna partida empezada, ántes de averiguar si el hecho es cierto.”

Estos eran los juicios sobre Lincoln en los momentos de su elección; el triunfo de Lincoln determinó la separación de la Carolina, siguiendo su ejemplo Virginia, Georgia, Carolina del Norte, Luisiana, Alabama, Florida, Tennessee, Kentucky, Missouri, Tejas, Mississippi y Arkansas. Al advenimiento de Lincoln al poder, tronaba la guerra civil y estaba destrozada la Unión.

Durante cuatro años, se sucedieron los combates: las masas de hombres que se chocaron ensangrentando el suelo americano, oscurecen todo lo conocido en los tiempos antiguos y modernos.

El tercer año de la guerra fué inaugurado por Lincoln con la proclama de emancipación, fecha 1.º de Enero de 1863. En 1864, el Norte contaba con más de un millón de hombres á su servicio.

La Guerra, que hasta entónces le había sido adversa, comenzó á sonreírle, y conquistando palmo á palmo un terreno que se podía calcular en extensión como la mitad de la Europa, penetró al interior del Sur, y encerró, por decirlo así, en la fortificación de Richmond, al general Lee, que ántes había sido el terror de Pensylvania, mientras los formidables monitores en el mar, se apoderaban, después de sangrientas luchas, de todos los fuertes sublevados.

El Norte entero, como un solo hombre, secundaba las miras de Lincoln; abrió la mano con liberalidad inaudita para toda clase de recursos, contándose por millones diarios. Se escucharon rumores de paz, pero las primeras proposiciones fueron inadmisibles.

Lincoln se había trasladado á Haptom para facilitar las negociaciones, y al fin, el 9 de Abril, las fuerzas del general Lee se rindieron al general Grant en Appomata Court House, después de una honrosa capitulación.

La guerra había durado cuatro años, día por día.

Con el fin de celebrar tan fausto suceso, los habitantes de la capital se reunieron al frente de la Casa Blanca, y Lincoln les dirigió una arenga llena de moderación y compostura, evitando toda alusión que pudiese herir susceptibilidades.

Tres días después, aunque era el aniversario del bombardeo del fuerte Sumter, se evitó todo recuerdo; pero en la noche asistió Lincoln al teatro con su familia.

Poco después, dice uno de sus biógrafos, de terminado el tercer acto del drama que se representaba, y á eso de las nueve de la noche, la detonación de una pistola hacía estremecer al público, y el presidente Lincoln, que se hallaba

apoyado en el antepecho del palco, caía herido mortalmente por la bala que le disparó el asesino John Wilkes Booth, jefe de una partida de conspiradores.

El presidente recibió la herida en la parte inferior de la cabeza, yendo la bala á sepultarse en el cerebro, y quedando el herido insensible hasta su muerte, que fué á las siete y veinte minutos del 18 de Abril."

Al amanecer del siguiente dia, esto es, del 12 de Marzo, con un cielo espléndido como si se hubiera corrido una cortina, como si se presentase á nuestros ojos deslumbrados el cambio de una decoracion teatral, gozábamos las delicias de un clima templado, y como que nos sorprendia la vegetacion de nuestro país.

Corria el tren entre quiebras y cañadas á los dos lados del camino; dilatadísimos bosques ofrecian á los ojos sus sombras, sus hilos de agua pura cayendo de las rocas, y sus claros en que ya distinguíamos habitaciones risueñas rodeadas de ganados, ya chozas medio destruidas con los rastros del incendio, la tablazon floja y como flotante, y cenizas y desolacion por todas partes.

A veces de entre esas chozas arruinadas salian, colocadas en fila para ver pasar el tren, familias de negros; los niños casi desnudos; las mujeres como arpías, con el seno desnudo y los lanudos montones de cabellos en desorden, y negros con *sorbetes* desgobernados y rotos, restos de harapos de paño y unas botas incomprensibles, indescribibles, que eran el cataclismo del calzado sobre el pié desnudo.

No es posible describir el efecto que me producian aquellos lugares, algunos de ellos semejantes á nuestras Huastecas. ¡Cómo revivian en mi mente mis impresiones de ni-

ño, cuando leyendo á Chateaubriand, me encantaba con aquellos cuadros en donde parece que vibra su voz y se desliza su poderoso espíritu!

Atravesando esos pintorescos rios nos detuvimos algunas horas en Mobila.

Mobila, como dice Molinari, es el gran puerto de embarque del algodón del Alabama y de una parte de la Georgia. En ninguna parte se han hecho más sensibles los estragos que agobiaron á aquella rica y fecunda region del Sur.

Las más hermosas habitaciones se destruyéron ó vendieron á vil precio.

Mobila exportaba ántes de la guerra 900,000 balas de algodón por año: la exportacion, hoy, ha disminuido en más de una mitad.

Al ver las calles de Mobila, involuntariamente se exclama:

"¿Por qué se ha convertido en desierto la ciudad llena de gente?"

Mis compañeros se quedaron descansando en uno de los hoteles; yo me salí á la ventura á recorrer aquella ciudad, que hace esfuerzos titánicos por reconquistar su antiguo esplendor.

En un *bar-room*, de la manera más inesperada, me hallé un mexicano jóven, aventajadísimo estudiante de medicina, que, como por adivinacion, se dirigió á mí, me tendió la mano del modo más oportuno, y á las cuatro palabras éramos amigos.

El jóven Z*** es natural del Saltillo; su vestir es elegante y su educacion me pareció sobresaliente.

Hacia alarde del habla, de las maneras y de las costumbres de la gente bien educada de la frontera. Apenas ha-